
Alfredo Márquez Campos, a 103 años de su natalicio

Dante Alejandro Velázquez Limón
Universidad de Guadalajara

En 2023 se conmemoraron cien años del natalicio del jalisciense Alfredo Márquez Campos, quien tuviera un activo desempeño como médico, escritor, periodista, editor y funcionario público. Entre esos múltiples roles destaca su obra literaria, la cual es poco conocida en la actualidad y no ha sido reeditada en el presente siglo. Este artículo aborda su vida y trayectoria, con orientación especial en la descripción de la obra narrativa que nos legó y su relevancia para las letras del siglo xx.

Alfredo Márquez Campos nació el 26 de mayo de 1923 en Lagos de Moreno. Sus padres fueron José Márquez Márquez y Herminia Campos, quienes se dedicaban a labores del campo y al hogar, respectivamente. Sus primeros estudios los realizó en el Liceo del padre Guerra, mientras que la secundaria y la preparatoria en escuelas de León, Guanajuato. Posteriormente se trasladó a la Ciudad de México, donde realizó sus estudios como médico y se graduó el 3 de septiembre de 1948. Más tarde, obtuvo una especialidad en Ginecología y Obstetricia por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Recién egresado se incorporó al mundo académico como profesor en la Universidad Militar Latinoamericana y en el Instituto Patria de la Ciudad de México, entre 1948 y 1952. También laboró en la iniciativa privada, como director médico de Laboratorios Farmacéuticos

Terrier, director de publicidad de Becton Dickison y director médico de Ciba de México. Como funcionario público, fue encargado *ad honorem* y director de la oficina en México de la Organización de los Estados Americanos (OEA). Este servicio le permitió, durante muchos años, viajar por distintos países del mundo y ser testigo de sucesos que luego llevó a la pluma.

Desde su juventud demostró interés por el mundo editorial y el periodismo, primero al crear las publicaciones escolares *Stylos* y *Pro-Cátedra*; posteriormente, siendo estudiante de medicina, fundó la revista *Medicina y Ciencias Afines*, que perduró durante casi tres décadas. Con la experiencia adquirida, a mediados de la década de los cincuenta fundó la primera revista gratuita del país, *Semana Médica en México*, que también sobrevivió muchos años y le abrió camino como editor en proyectos posteriores de la misma línea, tales como *Semana Médica de Centroamérica y Panamá*, *Revista Mexicana de Ciencias Médicas y Biológicas*, *Noticias Médicas y Piloto Universitario*.

También incursionó en el periodismo audiovisual, produciendo algunos programas de radio y televisión entre 1950 y 1958. Destaca su participación en el programa televisivo *Su libro favorito*, de 1954 a 1960. Además, fue colaborador de la revista *Contenido* y de los diarios *El Sol de México* y *Novedades*. Entre 1968 y 1975, publicó una colección de anuarios, *México*, en la que se incluyeron crónicas diarias sobre los más importantes acontecimientos del país y sus protagonistas.

Márquez Campos combinó todas estas actividades con una fecunda labor literaria, la cual inició en 1950, cuando publicó su primera novela: *Lejos quedó el pueblo*. En esa época, Alfonso de Alba dirigía la Biblioteca de Autores Laguenses, una colección literaria que rescató escritores relevantes de Lagos de Moreno, pero que también abrió sus puertas a un autor novel, su amigo de infancia Alfredo Márquez Campos, quien así se refiere a este proyecto:

1. Alfredo Márquez Campos. “Ofrecimiento de la Presea Dr. Mariano Azuela”. *Aleteña*. Lagos de Moreno: Centro Regional de Humanidades, núm. 10, 1989, p. 12.

2. Alfredo Márquez Campos. *Lejos quedó el pueblo*. México: Biblioteca de Autores Laguenses, 1950, p. 153.

Imagínense ustedes lo grandioso de esta idea: reunir en una colección especial trabajos de escritores laguenses, muchos de ellos prácticamente olvidados, y que su trabajo había sido tan importante que era indispensable que quedara plasmado permanentemente en una edición...¹

Es así como *Lejos quedó el pueblo* abanderó no sólo a su autor, sino a una nueva generación en las letras locales y, globalmente, en un estado de Jalisco donde despuntaban ya narradores innovadores como Olivia Zúñiga, Juan José Arreola, Juan Rulfo y el mismo Alfonso de Alba.

La novela se desarrolla en el poblado de Tlacuitapa, cercano a Lagos de Moreno, en la profundidad del periodo posrevolucionario. Cuenta, en primera persona, la historia de un profesor rural y su entorno hostil, en el que las pasiones humanas serpentean entre la humildad y la arrogancia, así como entre las creencias y la razón. El autor se vale de los prototipos de un pueblo común mexicano para construir la tragedia: el comisario, el cura, el profesor, el campesino, la mujer sumisa o el pendenciero. Es el típico “Pueblo chico, infierno grande”, donde el rumor impera, como se lee en el siguiente fragmento: “La gente andaba alborotada. Corrían de un lado a otro como si no encontraran acomodo y poniendo en juego toda mi paciencia, pude unir los retazos de noticias y formarme una idea de lo que pasaba”.²

La novela fue bien acogida por la crítica y reveló la vena narrativa de Márquez Campos. Entre otros elogios, Salvador Novo escribió para *Novedades* “es el primero y excelente ejercicio de una pluma vigorosamente dotada para la novela; de una sensibilidad fina y alerta a la realidad mexicana...” La misma Biblioteca de Autores Laguenses publicó la segunda edición al año siguiente, 1951, además de una tercera por Editorial Estela, en 1978.

Su segunda novela, *Dalia*, fue publicada en 1953. Márquez Campos asumió el riesgo de escribir una historia romántica en pleno siglo xx mediante el

idilio de dos personajes nebulosos: Gabriel Dover y la bailarina Dalia Rubello (o su *alter ego* Marcela), pareja que se enfrenta a una serie de circunstancias que les imposibilita permanecer juntos y los lleva a la fatalidad.

Según José Francisco Conde, la atmósfera es punto de referencia en *Dalia* y tiene dos escenarios: “la quietud de la gente y el discreto chismorreo de la provincia y la cortesía exagerada y el abigarramiento de la ciudad de México”.³ El primero es (por supuesto) Lagos de Moreno, en especial la Quinta Rincón Gallardo y sus alrededores, donde los protagonistas viven los episodios de ensoñación que dotan de sensualidad a la novela. Mientras que el segundo escenario es objetivo y rudo, sin concesiones para el idilio.

Dalia es, entre las novelas de Márquez Campos, la más leída hasta hoy y cuenta con cinco ediciones; las dos primeras en la Biblioteca de Autores Laguenses (1953 y 1954), la tercera en Editorial Estela (1978) y las más recientes en la colección Letras Mexicanas del Fondo de Cultura Económica (1987 y 1996). Estas últimas permitieron su acceso a un público lector más amplio y diverso.

Apenas un año después de *Dalia*, en 1954, apareció la tercera novela de Márquez Campos, *Soledades*, en la que regresó a su interés por el contexto rural y las relaciones humanas en entornos hostiles. En sus páginas recrea con un dejo de nostalgia el prodigo de la tierra, pero también sus carencias: “Soledades, como todas las cosas de algún provecho, era producto de la casualidad. Hacía poco más de medio siglo que aquellas tierras, yermas tal vez desde el principio de los tiempos, producían las más grandes cosechas de la región”.⁴

Al igual que en la naturaleza, los afectos de sus personajes son variados y las intrincadas relaciones humanas se describen con mayor naturalidad que en *Lejos quedó el pueblo*, aunque también con cierta complejidad alteña, donde el conflicto entre el progreso y la tradición es un debate permanente.

Si bien el discurso de *Soledades* está construido con madurez literaria respecto a las dos novelas

3. José Francisco Conde. “Sinceridad y sencillez”. *Alteña*. Lagos de Moreno: Centro Regional de Humanidades, núm. 9, 29 de abril de 1988, p. 7.

4. Alfredo Márquez Campos. *Soledades*. México: Biblioteca de Autores Laguenses, 1954, pp. 23-24.

anteriores, esta no contó con el mismo efecto, quizá porque otros temas resultaban de mayor interés para la literatura mexicana en esos momentos. Por otra parte, el impacto de Juan Rulfo fue abrumador entonces, desviando la atención de otras obras, pues trató la vida rural jalisciense con recursos novedosos en *El llano en llamas* y *Pedro Páramo*, nada más y nada menos que en 1953 y 1955, respectivamente. Esta inferencia podría resultar aventurada, pero no insensata.

Cabe mencionar que la primera edición de *Soledades* fue también en la Biblioteca de Autores Laguenses y sería la última de Márquez Campos en esa colección. Posteriormente, Editorial Estela publicó la segunda edición (1978) y la tercera correspondió a Lasser Press Mexicana, tres décadas después (1983).

Su cuarta novela, *Yo no haría eso*, apareció en 1956 con el sello de Manuel Porrúa. Ahora se trataba de un escenario urbano, de conflictos sindicales y luchas por control y poder, ambiente en el que se deshila la vida de Fidel Cruz, líder obrero que se va corrompiendo al paso del tiempo. El mismo título del libro proclama la simulación moral entre el discurso y el proceder del individuo frente a sus ambiciones.

Por ejemplo, en uno de los episodios, Fidel se encuentra con Julián, un adversario suyo que se ha encumbrado igual que él, y piensa mientras lo mira: “La traición, el robo, la desvergüenza, unidos a la ausencia completa de convicciones, hacen de un individuo de medianas ideas un gran hombre”;⁵ acto seguido, brinda con él falazmente.

Yo no haría eso presentó un tema novedoso en un periodo en el que se intensificó el corporativismo y la alineación de diversos sectores de trabajadores en México con el poder político y económico, apostando por una orientación más social y de denuncia con relación a las novelas citadas arriba. Sin embargo, hay nula evidencia crítica en los medios de su aparición. En 1965 fue publicada en inglés por Vantage Press, con el título *I woldn't dare* y traducción de Juan Berlier. En 1977, Editorial Estela publicó la segunda edición en español.

5. Alfredo Márquez Campos. *Yo no haría eso*. México: Librería de Manuel Porrúa, 1956, p. 230.

En 1966, nuestro autor incursionó en la narrativa breve con el libro *Cierto día... ...cualquier año*, dentro de la Colección Literaria de Médicos Mexicanos, también de Editorial Estela. Ahí reunió once cuentos escritos entre 1942 y 1962, la mayoría publicados con anterioridad en revistas y suplementos culturales. Fue, además, una oportunidad para abordar una literatura más íntima y subjetiva, mediante la introspección, reflexiones éticas y estéticas, el uso del diálogo y el monólogo.

Como comenté más arriba, en la década siguiente Márquez Campos se entregó especialmente a la crónica periodística con la colección de anuarios *México* y no fue sino hasta 1977 cuando publicó su siguiente libro personal, *Escala en el tiempo*, en Editorial Estela, el cual sería el último cien por ciento de ficción, aunque “las ideas centrales de esta obra están inspiradas en sucesos reales”.⁶ Ahí volcó su pasión por los asuntos propios de su profesión. Mediante un argumento que describe los servicios de emergencia y de aviación, con referentes sobre cultura, viajes y relaciones personales. Cabe mencionar que, en la mayoría de sus libros, como en este, las portadas fueron ilustrados por el artista plástico Pedro Medina Guzmán, personaje del que nadie ha escrito y merecería alguna atención.

Las últimas obras de Márquez Campos se encaminaron a otros géneros narrativos, como sucedió en *Cómo pasa el tiempo* (1988), una crónica de viaje en barco por el mar Mediterráneo y algunos de los países que lo rodean. Se caracteriza por una descripción austera, pero dinámica, que mantiene al lector con el interés del viajero ávido de consumirse el mundo.

Por su parte, en su siguiente libro, *Muy querido Don Juan* (Lasser Press Mexicana, 1985), volvió discretamente a la novela, pero mediante el género epistolar como base. En ella narró diversos episodios autobiográficos, de su historia familiar y de historia regional. Lo mismo sucedió con *Me llamo José Inés Chávez* (Lasser Press, 1990), biografía novelada del rebelde michoacano en tiempos de la revolución, quien

6. Alfredo Márquez Campos. *Escala en el tiempo*. México: Editorial Estela, 1977, p. 7.

operó entre Puruándiro, Zacapu y Uruapan. Esa región era bien conocida por el autor, pues ahí tuvo algunas comisiones de trabajo en tiempo del presidente Luis Echeverría y su familia política era michoacana.

La última obra de Márquez Campos fue *Testigo ocular* (Editorial Planeta, 1994), una crónica y testimonio sobre la vida social y política, así como sitios de interés cultural e histórico en los países de la Europa socialista y sus vecinos, en los días previos a la caída del muro de Berlín. En una conferencia celebrada en Lagos de Moreno en 1993 mencionó que incluso “me tocó ver cómo una grúa quitaba la estrella socialista del Parlamento de Budapest, en Hungría y cómo se inició el desmembramiento de Yugoslavia”.⁷

Por su labor humanista, Alfredo Márquez Campos fue reconocido en varios momentos de su vida. En 1958 recibió la insignia José María Vigil que le concedió el Gobierno del Estado de Jalisco, debido a su producción novelística. En 1981 recibió la Presea Mariano Azuela en su ciudad natal, junto con dos paisanos de prestigio: la fotógrafa Lola Álvarez Bravo y el músico Daniel Ibarra Zambrano. En 1989 volvió a Lagos de Moreno, ahora para ser quien emitiera el discurso de ofrecimiento de la misma presea a otros laguenses: Alfonso de Alba Martín, escritor, político y editor de sus primeras obras literarias; el novelista y científico Arturo Azuela Arriaga; y la profesora Josefina Echeverría Facio, formadora de varias generaciones de laguenses.

Márquez Campos había abandonado años atrás la medicina por limitaciones de salud: “fue porque me quedé sordo, primero del oído izquierdo y luego sufrió una embolia. Un día auscultaba en mi consultorio de ginecología a una paciente y no podía escuchar, sino a través del estetoscopio, su embarazo...”⁸ Sus últimos años los pasó en su casa de la Ciudad de México y fueron discretos. Cuando falleció, su familia se condujo con reserva. El escritor y académico Sergio López Mena me contó hace tiempo lo siguiente, mediante un correo electrónico:

7. Nota del Corresponsal. “Narró episodios de su vida el escritor Alfredo Márquez C.”. *El Informador*. Guadalajara, 7 de junio de 1993, p. 7-D.

8. *Idem*.

Fui muy amigo del doctor Márquez Campos. Me tuvo gran afecto. Yo lo conocí allá por 1990. En noviembre de 1998 lo fui a visitar a su casa; él estaba en cama, pues había tenido problemas de salud. Fue la última vez que nos vimos. Tiempo después, una prima de él, la profesora Ochoa Campos, me comentó que había fallecido. En lo personal, lamenté que su familia no me hubiera comunicado su deceso. No le pregunté a la profesora Campos la fecha, no se me ocurrió. Recientemente he estado redactando pequeñas biografías de novelistas de la Revolución. Como él escribió una novela que trata de ese movimiento (*Me llamo José Inés Chávez*), me interesaba saber el dato sobre su deceso; he buscado en la hemeroteca, pero no he tenido éxito. Quizás fue a fines de diciembre de 1998.

En conclusión, la extensa obra de Alfredo Márquez Campos y su aporte a la literatura mexicana son aún campo fértil para investigadores y académicos, pues recorrió amplios horizontes narrativos y temáticas. Sobre todo, sus novelas tienen una consistencia que podría ser de interés para los lectores actuales y futuros. A los cien años de su natalicio no hubo un acto que lo recordara, ni siquiera en Lagos de Moreno, ciudad a la que dedicó incontables páginas. Es oportunidad de acercarnos nuevamente a su obra.